

## ➤ Volver a Pío: cuatro estudios barojianos

Pilar Torres Vicente

A pesar de los 140 años que han pasado desde el nacimiento de Baroja –un tiempo suficiente para inscribirlo en una sensibilidad totalmente distinta–, la fascinación y actualidad tanto de su obra como de su figura siguen siendo ejemplares. Baroja fue un observador atento del convulso principio del siglo xx mientras que se encerraba en su febril escritura, un cosmopolita refugiado en Vera de Bidasoa; un hombre marcado por tantas contradicciones que, a pesar de que nos conmueve con su veracidad, sin duda nos fascina por los contrastes a los que arrastra. Su obras no han dejado de editarse desde principios de siglo, y hoy podemos encontrarlo totalmente editado, tanto en sus obras completas como en obras de bolsillo o ediciones extranjeras. Su influencia ha sido también una constante, porque no solo se ha convertido en un clásico de la literatura juvenil –es fácil recordar la fascinación adolescente sobre los atardeceres de Madrid que uno se encuentra al paso de *La busca*–, sino también en el mejor ejemplo del gusto por novelar, convirtiéndose en un lector ideal para escritores tan distintos como pueden ser Antonio Muñoz Molina o Enrique Vila-Matas.

Por su parte, la aproximación académica sobre la obra de Baroja y su vida han sido una constante desde sus exitosos comienzos, cuando Azorín alababa su prosa y Ortega se enfrentaba a su concepción de la novela, tan distinta a los principios modernos que defendía en su proyecto de renovación literaria. Don Pío fue el defensor de una novela abierta y espontánea, una fórmula entretenida que tenía más que ver con la mecánica de la conversación que con el análisis psicológico y moroso de los nuevos y modernos escritores. Sin embargo, aunque el enfoque sea diametralmente distinto, Baroja llena sus novelas y ensayos del aire de la Modernidad: con su espíritu contradictorio, desazón y desasosiego por el paso del tiempo, consigue teñirlo todo de un sentimiento crepuscular, que podemos leer tanto como un ejemplo de la moral modernista como un reflejo de los nuevos escritores que llenaban Europa en las primeras décadas del siglo xx. Y así, mientras que la novelística orteguiana quedó pronto reducida a un mero dato académico, Baroja se convirtió en un referente tanto para la narrativa de posguerra –¿qué sería de *La colmena* o *Tiempo de silencio* sin el Madrid y los personajes barojianos?– como para Hemingway, John Dos Passos o Jack Kerouac. La influencia de la novela de Baroja se contagia hasta nuestros días por su visceralidad, sus personajes tan amargos y sencillos como empáticos para el lector, la construcción de un mundo que sigue su movimiento natural, su prodigiosa capacidad para titular novelas que conmueven desde la aparente sencillez.

Pero Baroja fue también un ensayista destacado, obsesionado con descubrirse mediante la escritura, la única aventura que no podía conducirle irremediablemente al dolor. Expuso sus ideas sobre el nuevo siglo en revistas y libros de no ficción, sin implicarse políticamente pero sí adscrito a las ideas que llenaban Europa: la vigencia del humorismo en la línea de Bergson y Pirandello, el poder germánico y, por encima de todo, la vigencia del pensamiento nietzscheano frente a Schopenhauer, los dos polos que magnetizan toda su creación y polarizan su existencia. Baroja, quien constantemente elegía entre el idealismo y el desasosiego, se aproximó de una manera personal a ambos filósofos, adaptándolos a su visión como las dos caras de una realidad que permitía esconder a una dentro de otra.

Sus novelas pueden presentar tanto personajes aventureros como abúlicos, observadores que evitan a toda costa el precio del dolor como actantes que persiguen la aventura. Y en sus ensayos no es para menos, vive etapas en las que rechaza toda imposición social y defiende la libertad abrumadora en todos los aspectos de la vida moderna como se encierra en sí mismo en la resignación que da la espalda al mundo. Baroja fue anárquico no solo en sus ideas, sino también en su escritura, en su concepción estética y en el lugar que le correspondía como ejemplo intelectual, sin que podamos adjudicarle ningún rasgo más característico que su fascinante desorden.

Los cuatro libros que presentamos son presa de la fascinación inevitable cuando se llega a Baroja, abordando tanto su obra como su vida e imbricándolas bien en su tiempo —como hace magistralmente Mainer— o bien con la propia biografía, posición que adopta Regalado en su canto a la lectura visceral de su juventud y egolatría. Cuatro libros que se sitúan ante don Pío desde distintos prismas pero siempre con admiración y pasión, difuminando las fronteras entre vida, creación y lecturas para hacer de la lectura un hecho vital, más allá de las posturas críticas más sesgadas.

*Positivamente negativo: Pío Baroja, ensayista* es la versión española de la tesis que Carlos Roberto Saz Parkinson leyó en 2007 en la Universidad de Columbia, un trabajo valorado y reseñado por los más destacados expertos en el área, como son José-Carlos Mainer, Pío Caro Baroja o Gonzalo Sobejano, este último director de su tesis y por ello encargado de rendirle un sentido homenaje —al igual que hacen sus padres— a raíz de su muerte. El trabajo de Parkinson es uno de los únicos estudios que analizan al detalle las distintas facetas que Baroja manifiesta en sus textos ensayísticos, tan desprestigiados y olvidados por la crítica durante años y que hoy en día tienen una difusión mucho más limitada, cuando constituyen el grueso de la producción barojiana. El análisis de esta parte de la obra de Baroja matiza su figura y permite contraponerlo a su quehacer novelístico, donde también encontramos raudales de ideas y juicios filosóficos, pero siempre pasados por el tamiz de la ficción. El elemento que vertebra todo el libro —al igual que el conjunto de ensayos barojianos según la tesis de Parkinson— es la dicotomía entre Nietzsche y Schopenhauer, porque “igual que los dos alemanes, Baroja estaba atormentado por ideas tales como el concepto de la voluntad, la vitalidad, la compasión y el sufrimiento, el individuo aristocrático y solitario en una sociedad mediocre, la posibilidad de lo heroico, la idea de la decadencia y la enfermedad, la supresión de los impulsos del instinto, el desprecio hacia el socialismo y la democracia y el papel del cristianismo” (25). Dice Parkinson que, mientras que la mayor parte de los protagonistas de Baroja son “schopenhauerianos”, el grueso de sus ensayos —los escritos antes de 1918— son de raíz nietzscheana. “Es como si Baroja buscara utilizar el ensayo para criticarlo todo y todos los que contribuyeran a hacer a los protagonistas de sus novelas fracasados totales” (29), como si quisiera encontrar en sus reflexiones el hombre que quería ser, el joven descontento con la sociedad a la que analiza pormenorizadamente. Sin embargo, los desengaños van ganando varias partidas y, con los años, Baroja se vuelve más reflexivo, interiorizando el género para dibujar una vitalidad más negativa que llega a asimilarse en su madurez a los personajes de sus novelas. El furor dionisiaco contra un mundo roto va transformándose en la indiferencia frente al presente, observando la historia como “meramente literatura” (112), por lo que la única solución posible es la resignación en el refugio de la escritura. Un cambio que se afirma cuando da carpetazo a *Juventud, egolatría* (1917) y se convierte en un comentarista del pasado de tono resignado en *Las horas solitarias*

(1918), la materialización de su paso a la madurez, viéndose a sí mismo falto de la energía propia de la juventud, agotado ya del furor que tanto le había acompañado. A partir de ese momento los análisis sociales son más acercamientos literarios que propios de la crítica social, desengañándose de ideas tan altas como había sido la política, que ahora, “sobre todo si participan las masas, nunca es cuestión de ideas sino de la manipulación de los sentimientos” (142). Es la guerra la condena final a su juvenil entusiasmo nietzschiano, refugiándose cada vez más en la necesidad de reprimir cualquier tipo de pasión desde su personal modo de exilio interior, prefiriendo una rutina resignada para sobrevivir.

En el segundo bloque, Parkinson enfrenta la obra novelesca a la trayectoria ensayística para señalar las divergencias en el tratamiento de los temas más propiamente barojianos. En ambos grupos son fundamentales las notas biográficas, pero la novela no olvida nunca su naturaleza ficcional, mientras que el ensayo implica desde su concepción como género un matiz personal y autobiográfico; un espejo que emplea para verse como el hombre que le gustaría ser. Un joven ensayista positivamente negativo que, desde el principio, había matizado esa vitalidad con tempranos indicios de decepción schopenhariana. El progresivo autocuestionamiento –sobre todo en *Juventud, egolatría* (1917)– fue haciéndole perder la confianza en su álter ego, limitándose a su postura defensiva de evitar el dolor que produce la pérdida. Las novelas de Baroja están siempre protagonizadas por una suerte de heterónimos que demuestran sus contradicciones, su progresivo desencanto y la fascinación de la vida, materializada en los constantes encuentros con múltiples personajes, encargados estos secundarios de tejer la red de la sociedad, del mundo y sus claros-curos. Paradox, aunque aventurero y loco, es incapaz de escapar del pesimismo radical, un solitario sin remedio; Fernando Ossorio vive torturado por sí mismo y por la presión de la sexualidad que le arrastran a un oscuro misticismo propio de la más absoluta visión trágica de la vida, recobrando la luz solo de forma fantasmal; Manuel, en su lucha darwinista, sufre por lograr un lugar en la clase media, a pesar de su escasa voluntad y la falta de aventuras en su vida, porque al igual que los más débiles de la sociedad es incapaz de luchar; César Moncada es “la máxima aproximación de Pío Baroja a un protagonista nietzscheano” (174), pero su caída en una pequeña burguesía agotada es irremediable. Por su parte, los protagonistas de las novelas más “aventureras”, como *La feria de los discretos* o *Zalacaín el aventurero*, son hombres de acción, dotados del éxito en todos los aspectos de su vida pero incapaces de encontrar la paz en su espíritu; mientras que Shanti es un héroe especial, acorde con la habitual melancolía barojiana pero alejado del pesimismo, consciente de la “banalidad de su vida” (179) y soñador de una brillante época ya perdida.

El trabajo de Parkinson es ameno y novedoso por introducir una nueva posición desde la que analizar la obra barojiana: anteponiendo sus escritos de ideas a sus novelas permite observar con mayor atención cómo se construye la figura del escritor, cómo este se sitúa ante la sociedad y encuentra su propósito a la hora de escribir. El exhaustivo análisis de los ensayos barojianos –siempre con apuntes certeros y condensados– proporciona una visión general de las distintas personalidades que se escondían en el escritor donostiarra, porque es cuando deja paso a su voz y no a la de sus personajes cuando demuestra la más pura pasión por la vida. Sobre todo en su juventud, Baroja es un hombre nietzscheano, como bien se dibuja en sus ensayos anteriores a 1918. Pero las frustraciones, los problemas con la sexualidad y su gran sentido ético viran el barco hacia lo más schopenhauriano, abandonando su posición de protagonista enérgico para disfrazarse de sus antihéroes novelescos, fundiendo por completo vida y literatura.

Por su parte, Regalado, en *Leyendo a Baroja*, nos presenta al escritor como un interlocutor siempre presente a lo largo de su personal trayectoria vital. Baroja es aquí un objeto de estudio, un hombre lleno de anécdotas y, sobre todo, un motivo de recuerdos que permiten al académico volver la vista atrás hacia los años universitarios, cuando leer era la actividad que definía su existencia. Regalado conjuga de forma magistral, amena y fascinante este libro de anécdotas y encuentros, que se inicia con un momento común a muchos lectores: el recuerdo del primer libro de Baroja que cae en sus manos. El escritor se embarca en un retrato del escritor vasco –sin olvidar un panegírico a su mágica biblioteca–, saltando de la relación con sus modelos artísticos a la importancia de la ciencia en su vida o al acercamiento sobre sus paradojas con la aproximación personal. El autor se dibuja como un joven español comprometido durante sus estudios con Baroja en el Olimpo de la Modernidad en un país, Estados Unidos, donde el conocimiento de la literatura española era más que limitado. A lo largo del libro se habla de la experiencia del exilio, personificada en el padre del autor; de los escritores consagrados que pasaron por su vida –Salinas y muchos otros exiliados nos hablan desde la intimidad que compartieron con Regalado–, la emoción de los descubrimientos literarios y, sobre todo, una fervorosa pasión por la literatura. Este libro dibuja los recuerdos de un estudiante de letras que pasó por todos los trámites de un mundo académico a veces tan hostil como gratificante; que encuentra en Baroja un pretexto para los propios recuerdos. Estas memorias tan sui generis, llenas de humor, vitalidad y pasión, provocan en el lector las ansias por sumergirse tanto en Proust como en acompañar a Shanti Andía por cualquier mar que aparezca: *Leyendo a Baroja* es un canto de amor por los libros, una guía para aprender a sobrevivir en el mundo académico donde se ha perdido ese sentimiento vital para disfrutar de lo que se hace y un testimonio de primera mano de lo que era la vida en América durante el exilio gracias a este cronista de excepción. Regalado, desde su última vuelta del camino, ve cómo se borra la posibilidad de emprender el definitivo estudio académico de Baroja, adoptando una postura mucho más familiar y enternecedora, que se alza como una enseñanza para la juventud filóloga –quien encuentra aquí la alegría y vitalidad con la que se emprenden las aventuras investigadoras–, sin obviar la aproximación académica al escritor vasco, retratado desde las facetas más íntimas y particulares, los auténticos rasgos que le definen como un hombre irreplicable. A lo largo de más de 30 capítulos –entendidos como apuntes de memoria–, Antonio Regalado recupera un tiempo perdido donde había demasiado tiempo para leer, volverse loco y sentir la pasión por lo que se hacía, encontrando a gente variada y compartiendo con ellos momentos irrepitibles, dejándonos un testimonio único de una época en la que muchos nos hubiera gustado disfrutar con él del brillo de las últimas estrellas de las letras.

En 2006 se celebró un congreso para celebrar el 50 aniversario de la muerte del autor y fue también Antonio Regalado el encargado de coordinar tal encuentro junto a José Lasaga. Fruto de aquellas jornadas en la Fundación Ortega es nuestro siguiente libro, *Lecturas y diálogos en torno a Pío Baroja*, donde gran parte de los participantes de aquel congreso incluyen sus conferencias. Dividido en tres partes –historia y política, literaria, y estética y filosófica–, destaca el sincretismo del congreso, en el que cada ponente se acerca a una serie de libros o a novelas exentas para exprimir las con tranquilidad. Sorprende también la versatilidad de los autores, pertenecientes a diferentes mundos –no sólo hay filólogos sino también filósofos, juristas o historiadores– que comparten la lectura atenta de Baroja y aportan matices a su visión, siempre tan contradictoria aunque anclada en el

mundo. A parte de los temas típicos a la hora de hablar de Baroja –como la integración de la historia en muchos de sus relatos (especialmente en *Memorias de un hombre de acción*), la visión de Madrid o el conflicto con Ortega– muchas conferencias aportan nuevas perspectivas sobre el escritor: la posición de don Pío frente a la vanguardia, su papel en el nacionalismo vasco o su visión de la Europa en el período de entreguerras. Los distintos artículos proporcionan un estupendo repaso por las distintas etapas del autor desde sus novelas de mar, las *Memorias de un hombre de acción*, *La sensualidad pervertida* –ejemplo máximo de su huida del goce para evitar el dolor–, *Las agonías de nuestro tiempo* –que sirven de retrato para la agitada Europa de entreguerras– o los problemas que Andrés Hurtado tiene al verse ante mundo cruel del *El árbol de la ciencia*. Aunque no se trata de una aportación definitiva al estudio de los temas y tratamientos barojianos, estas actas sí que aportan nuevos panoramas a la visión estandarizada que se tiene de don Pío, rescatando de la segunda fila muchas novelas que matizan el juicio localista y pesimista que se tiene sobre él y demostrando que el valor principal de su obra es la contradicción continua.

Mientras que estos tres títulos ahondan en visiones específicas de la obra barojiana, Mainer dedica su último libro a emprender una aventura completa en la figura, la creación y el contexto de nuestro autor. La atención del catedrático a la obra de Baroja ha sido una constante a lo largo de toda su prestigiosa carrera, desde los primeros apuntes en la genial *La edad de plata (1902-1939)* (1975) hasta recaer en él el encargo de dirigir la publicación de sus *Obras completas* (1997-1999), donde los más destacados especialistas –encontramos a Jon Juaristi, Arturo Ramoneda, Gonzalo Sobejano o Darío Villanueva– se encargan de prologar la amplísima variedad de obras barojianas. El siempre brillante y ameno discurso de Mainer, en el que se mezcla la reflexión cultural, la exposición histórica y la crítica literaria, está más cercano al ensayo que a la pura disertación filológica, logrando una exposición personal apasionada que no omite ningún detalle fundamental. Estos dos ingredientes (el largo contacto con Baroja y la fluidez discursiva) crean *Pío Baroja*, libro encargado de abrir la colección “Españoles eminentes”, con la que Taurus pretende recuperar la tradición biográfica tan importante a lo largo del siglo xx con una visión moderna, descubriendo la vigencia y protagonismo de los principales actantes de nuestro siglo xx. Como se señala en la introducción, el objetivo de esta colección no es solo señalar los logros fundamentales de los distintos personajes, sino –principalmente– analizar “los rasgos que han elevado su figura a la excelencia que hoy con carácter general se les reconoce” (5), obteniendo así un canon razonado de nuestras humanidades, en una vuelta en el camino que mira hacia las sombras que nos siguen mirando desde el siglo pasado.

En este primer volumen de la colección José-Carlos Mainer mantiene el perfecto equilibrio entre las distintas caras de esta concepción de la biografía: el relato de la vida de Baroja se jalona con la fotografía de un convulso ambiente político y cultural, sin olvidar la crítica a sus libros y los comentarios del resto de intelectuales de la época, cerrando la narración con la justificación de su fama y los distintos avatares por los que ha tenido que pasar su figura para llegar al prestigio que hoy en día le acompaña. Se trata de un contenido tan extenso que la agilidad con la que se entrelazan los distintos elementos enmascara la cantidad de información que maneja el autor, creando una obra ejemplar y paradigmática para la revisión en la que nos vemos inmersos. Así, Mainer, como ya hizo en la dirección y participación de la última *Historia de la literatura española* (2010),

renueva el modelo de estos dos géneros académicos –biografía y crítica–, dotándolos de una mayor flexibilidad y sincretismo.

Pío Baroja no es solo un modelo de español –porque su espíritu ácrata tenía poco de modélico–, sino más bien un referente novelístico, probablemente el principal referente de la narrativa realista española. Tenía vocación popular: se apartó de la Modernidad más rompedora para recuperar y adaptar las formas que triunfaron en el siglo XIX gracias al filtro que supone su fuerte personalidad. La literatura se convierte en sus páginas en una búsqueda constante de lo que se ha perdido, una visión de la insoslayable soledad que acompaña al hombre y que a él le hacen más llevadera su agitada existencia: no dejó nunca de escribir, practicando todos los géneros y personalizándolos las más de las veces, obteniendo así tanto las grandes y canónicas novelas del siglo pasado –¿qué hubiera sido de la literatura española contemporánea sin *El árbol de la ciencia* o *La lucha por la vida*?– como ejercicios novelísticos plagados de una poética personal e intransferible que traza relatos llenos de nostalgia y viajes, como *Zalacaín el aventurero* o *Las inquietudes de Shanti Andía*. Baroja practica el dietario, las memorias, el teatro y llega incluso a ver una de sus obras transformada en zarzuela: el hombre que parece tranquilo y huraño, algo perezoso y ajeno a todo, esconde una energía creadora propia de los grandes de nuestras letras, con una personalidad poliédrica y voluble que defiende el constante conocimiento por contrarios, la reflexión que proporciona vivir en una crisis constante que permite crear un estatuto personal desde el que muestra una visión del mundo liberal y progresista, sin atender a las reglas que rigen su época. Sus contradicciones y manías no son más que caras de su liberalismo absoluto, ese que le llevó desde el anarquismo nietzscheano a la resignación y marcó sus críticas acérrimas a la democracia y las desigualdades sociales con la misma intensidad.

*Pío Baroja* se divide en tres bloques llenos de transversalidades, con continuas referencias de una parte a otra que cohesionan la lectura con sencillez: la poética de Baroja, el recorrido biográfico y literario y la justificación de su fama literaria, además de una bibliografía comentada, un índice completísimo y una selección de fotos históricas y curiosas. Mientras que el segundo configura el grueso de la obra, los otros dos bloques sirven de brújula al lector, trazando las coordenadas fundamentales para otorgar el mérito justificado al escritor. El lector obtiene una visión poliédrica y apasionante de la época pivotando entre la crisis total que vivió en autor –todos los cambios de siglo implican una remodelación de los sistemas humanos, como sufrió Baroja y vivimos nosotros– y la vida personal y familiar. Y es que sin duda la estirpe de los Baroja es una de las claves de este libro, porque solo un clan tan especial podía alimentar a todo un grupo de intelectuales que defendían sus quehaceres de forma autónoma y personal: Ricardo y Carmen Baroja, Rafael Caro Raggio –que con el tiempo se convertiría en el editor de las obras barojianas, proporcionándole una libertad total– y los más jóvenes Pío y Julio Caro Baroja. Un clan que se extiende a lo largo del siglo defendiendo el liberalismo en las humanidades –Carmen fue una de las protagonistas del nuevo papel de la mujer durante la República– y desarrollando distintos temas a partir de un mismo núcleo, Itzea, el nido de todos ellos. Esa casa-refugio, donde pasaban los veranos y vieron llegar el declive de sus vidas, se convirtió en un refugio de sus saberes y recuerdos, llena de piezas que encajan a la perfección en las novelas barojianas. Los Baroja-Nessi, ascendientes de esta generación, fueron a su vez importantes personajes del siglo XIX, permitiendo a nuestro escritor llevar a cabo una investigación personal y nostálgica de los auténticos protagonistas de

ese siglo. Don Pío, como todo lo que hace a lo largo de su vida, tinta de un color personalísimo la intrahistoria unamuniana y la configura desde su visión: rescata un siglo XIX en desaparición, donde el héroe romántico todavía tenía un hueco en la sociedad y podía hacer frente, aunque infructuosamente, a los veredictos de una sociedad ya fallida. Estas aventuras nostálgicas son las que proporcionan a Pío su principal vía de escape: él, una persona tímida y poco activa, vive gracias sus personajes marítimos las grandes aventuras e historias de un siglo donde todavía era posible la heroicidad, como demuestra siempre Aviraneta en *Memorias de un hombre de acción*. Además, Pío, bien por las circunstancias o por el ritmo de su tiempo, recorrió Europa y dejó las huellas de sus viajes a lo largo de todo el continente en la trilogía “Agonías de nuestro tiempo” o las novelas fruto de su larga estancia en París tras el estallido de la guerra, *Susana y los cazadores de moscas*, *Laura o la soledad sin remedio* o *El hotel del Cisne*.

La biografía ante la que nos encontramos repasa así las diversas caras del escritor, justificando la multiplicidad de máscaras y situaciones por las que va pasando. A lo largo del libro disfrutamos de los disfraces de Baroja, un autor que muta siempre ante un nuevo proyecto y que, a pesar de su poderosísima capacidad para la imaginación novelesca y los momentos poéticos, no olvida su tiempo, convirtiéndose en un testimonio de la vida de su época, desde la crisis finisecular a la vida de la República y el exilio, sin saltarse ningún paso intermedio, como el auge de la clase media y trabajadora. Gracias a Mainer vemos a Baroja como lo que realmente fue, la novelización de una nueva sociedad gracias a su constante caleidoscopio de personajes, con sus anhelos, recuerdos, problemas y cambios, y sin que ninguno de ellos pase sin pena ni gloria por los ojos del lector.

Pero la principal aportación de esta biografía no es el relato de una vida, siempre matizado y sin olvidar las contradicciones y los puntos flacos de nuestro autor: el reconocimiento de Baroja como una figura destacada, un español eminente, vigente en nuestros días, nace –como bien demuestra Mainer a lo largo de todo el libro– desde sus primeros quehaceres periodísticos: el reconocimiento, la crítica y el rechazo fueron siempre de su mano, levantando pasiones y odios no solo entre el público –que en su mayoría se ha posicionado siempre del lado positivo– sino también entre sus compañeros literatos y los críticos especializados: ahí tenemos las polémicas con Ortega sobre el papel de la novela en la Modernidad, el reconocimiento y admiración de su amigo Azorín y los fuegos cruzados que se originaron en la posguerra. En torno a esta última polémica se centra la última parte del ensayo, porque sin duda la recuperación de Baroja por parte de los escritores de los 50 fue una de las principales labores de justicia literaria: aunque las élites falangistas, con Pedro Laín Entralgo a la cabeza, homenajearon y justificaron la labor del escritor vasco; la reivindicación pura como autor de referencia, ya limpia de toda mácula política, fue gracias a los pasos de Camilo José Cela, Luis Martín Santos –*Tiempo de silencio* tiene más del Madrid de Baroja y sus atardeceres que del urbanismo joyciano– y, sobre todo, la reivindicación de la crítica juvenil en las nuevas revistas, configuradoras del canon del 20 sin el peso del franquismo.

El libro se cierra, como es habitual en el catedrático de Zaragoza, con una bibliografía comentada, perfecta para manejarse en el maremágnum de estudios barojianos que se han producido en los últimos años, así como de las distintas ediciones de sus obras que se han editado, centrándose en las más modernas, accesibles para el lector de nuestros

días. Cierra así una obra modélica tanto en el trato al personaje, donde la distancia crítica es siempre pulcra pero no olvida reflejar la pasión que siempre ha provocado Baroja en sus lectores: a lo largo de sus más de 400 páginas, *Pío Baroja* demuestra la importancia radical de este personaje que, como si viviera dentro de sus novelas, es testigo y protagonista de un tiempo demasiado agitado como para tomárselo con calma y tranquilidad.

Estos libros y la visión barojiana que aportan presentan a un escritor que sigue fascinando gracias a su franqueza siempre comprometida con la ficción, arma principal para analizar un tiempo convulso, confrontarlo con el pasado y defenderse ante cualquier imposición gracias a un refugio inexpugnable. Ese hogar lo constituyen todos los libros en los que dejó su impronta, respiró un poco de su alma y se convirtieron en regalos para el lector, siempre ávidos de descubrir a personajes apasionados en su lucha por la vida. Baroja sigue vivo hoy en día porque su fuerza narrativa no ha perdido ni un ápice de intensidad: el lector sigue buscando gente a la que escuchar, personajes que pasan un momento por las páginas dejando su esencia pero sin definir su rostro, un encuentro con un pasado ya perdido. Las inquietudes que sentía Shanti las vivimos hoy con el mundo que se encargó de retratar Baroja, su realidad y fantasía, porque el agitado panorama con el que se abrió el siglo xx despierta una fascinación inigualable, solo saciada por la incontenible imaginación de don Pío, sus recortes de un mundo en el abismo ante el que se asomaba al mismo tiempo con ánimo, desolación y resignación; porque a pesar de su aparente quietud, Baroja fue los ojos y la voz de una época, capaz de entender al mismo tiempo su verdad, su sufrimiento y el ritmo de su inigualable poesía.

## Bibliografía

Mainer, José-Carlos: *Pío Baroja*. Madrid: Taurus, 2012. 462 páginas.

Saz Parkinson, Carlos Roberto: *Positivamente negativo: Pío Baroja, ensayista*. Madrid: Editorial Complutense, 2011. 239 páginas.

Regalado, Antonio: *Leyendo a Baroja*. Sevilla: Renacimiento, 2011. 242 páginas.

Regalado, Antonio / Lasaga, José (eds.): *Lecturas y diálogos en torno a Pío Baroja*. Madrid: CSIC, 2011. 268 páginas.